

No hay manantiales en la carne

Lola Langarica

FED
EM

FONDO
EDITORIAL
DEL
ESTADO DE
MORELOS

Graco Ramírez Garrido Abreu
Gobernador Constitucional del Estado de Morelos

Cristina Faesler Bremer
Secretaria de Cultura del Estado de Morelos

Manuel Zepeda Mata
Subsecretario de Fomento a las Artes

Sergio David Lara Castañeda
Director de Publicaciones

COLECCIÓN GALAXIAS

Primera Edición, 2018

Coordinación editorial: Sergio D. Lara

Diseño y formación: Manuel Pedrozo

Ilustración de portada: Jaime Colín

© 2018 Lola Langarica

© 2018 Fondo Editorial del Estado de Morelos

Calle Miguel Hidalgo 239

Colonia Centro 62000

Cuernavaca, Morelos

www.cultura.morelos.gob.mx

ISBN: 978-607-9358-73-0

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin el previo y expreso consentimiento por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

A las cinco palomas de Carlos. A María Dolores,
Yolanda, Martha Elena, Lucila y Antonia.

Mar y sol

Alguien dijo
que no hay un quién
del decir

Qué miedo
cuando el sol entra sin invitación
a la recámara.
Me da miedo
ver cómo te acabas
cuando eres honesta.

Somos
de distintas verdes fragancias
que hemos apagado
bajo el dibujo
de un cigarro
islas desiertas
fotos en blanco
y negro
el amor.

Tu rostro está maleado
por un lugar en la mesa
Las cajetillas
se materializan
en la siguiente ocasión
para huir.

Ahí, en sostener
el filtro
está la pantomima
de los injustos
y un deseo de sabotaje
mientras toso.

Te gusta contestar
sin tiempos verbales
te gusta que te entienda
 el espejo
el tú-yo que decía Elizondo.

Un pedazo de verdad que nos conferimos
brinca encima de mí

para caminar cuesta abajo
sin remilgos
ni aliento
ser escuchado.

Te gusta inhalar
el olor que suelta tu cama
porque te acabas
cuando te anuncias contenta.

Seña particular:
protuberancia
en la cabeza
que cubro
con la pañoleta
girasol
que te regalé
pero qué miedo.

Qué miedo
que no podamos
conocernos

más que una
y falsa
vez.

Tomar lo que diste
porque te sientes vacía

corte de caja
corte de pelo
corté las flores

de mi jardín
para hacerte
un centro
pero te acabas,
tú
y los soles
se acaban
cuando estás contenta.

Caes, caes de la cama

El doble paño de Perséfone y la microsociedad

Proserpina
sin darte cuenta del golpe
ni de que ya estás de pie.

No es
la fuerza de tus piernas
ni las conclusiones
sobre la estructura
lo que te hace levantarte.

Ella no recuerda
quién es
frente a la trampa
de la caída
pero sí

frente a quien la ve
y la sigue mirando
hacia abajo
aunque ella esté arriba.

Nadie desea
tu congoja
pero aun así,
Propserpina,
ellos han puesto su mano
en la maqueta;

hay placer
en comprobar la resistencia
de las bateas

cuando no estás en ellas.

Te han visto de reojo
y dibujan

los dedos gordos de tus pies;
la casa está sobre el mar
el mar sin sal
las respuestas
rehenes
de ellos.

No te perdonan,
Proserpina,
no comulgan en tus aguas
cristalinas
pero levántate
aunque sea por el miedo
a perder
el piso amordazado
chiclosa
cartón ondulado.
La casa
no está terminada.

Romper el equilibrio
cuando flota
en la orilla
un puño de semillas.

La microsociedad,
Proserpina,
ellos
los de una cara
ellos
pretenden seis meses
de ti.

El riesgo
sus plantas
ocultas en el mar
el progreso
que motivan
cuando acercan su mano
y sacuden la casa

es la estación

el brinco desde la segunda
fachada;
no tomes la puerta.

Sin paño
ni techo
sobre la cara,

Proserpina,
se aleja
diario;

no es recibida por el mar
pero tampoco sale
por la puerta.

Ponerse de pie
no poder hacerse mar.

Ponerse de pie
no poder hacerse mar.

Ponerse de pie

no poder hacerse mar.

MONO

“A veces siento que me expando”
y que veo
desde todos los ángulos
el vacío.

“A veces siento que me expando”,
encuentro los tachones
en la voz
de las chicas,
la inocente cordura
de sus trajes de mármol.

Hay veces
en las que puedo regresar
y meter los pies
en las fuentes de Delfos,

tomar los pechos de la Pítia
mientras me da un beso
y me confía sus errores,
algunos parajes de mi futuro.

Otras más
me burlo de la aurora,
de la segunda aurora,
y de la tercera,
de sus guirnaldas bañadas,
del cabello embadurnado de gel.

El discurso lo detesto
porque me lo sé;
la mástica me niega a mí
tanto como se niega a ellas.

La aparición
de la cabeza monoaural
fue otra
jugada secreta
de Zeus
y de Afrodita.

La maleza no es alta,
el camino de Hércules
es recto,
todo derecho
en la compañía
del río.

Siento que me expando
y que acomodo
su vestuario;
el rally del héroe.

Deseo
mi extinción,
el fin
de la pelea por el ónfalos,
de la psicosis fatídica
de mi gente
y no te deseo a ti.

Muerte y resurrección

Smiley, oh Smiley

Smile, dice el padre o la parroquia
mientras toma de la cintura
al niño de chaleco café.

Niño Smiley,
¿Cómo le hacemos los felices en las fotos?

El mecanismo adormila
hay más mecanismos
que sueños en el recuerdo.
El mecanismo
estira los labios enseña los dientes
esconde los dientes apelmaza los labios
adormila al portador.

El portador se adormila como reflejo
coraza
y entonces
una instantánea.

Envíale tus recuerdos a ella
antes de que los niños olviden
quién fue su abuela.

Oh, Smiley
tres minas
son saqueadas
en tu cuerpo
y tú sigues trabajando el oro,
lo ofrendas.

Los reinos

|

La blancura de mis partes secretas
en exhibición:
tres veces por segundo.

Los triángulos
no quedaron dentro de casa,
nacían
de mi espalda
cuando me ponía el traje de baño.

Mi amistad con el pasto
se basó
en la magnitud insuficiente de mi cuerpo,
pero yo seguía cortándolo
hasta que el cielo se transformaba
en sombra atravesada por agua.

De haberlo pensado entonces,
si me hubiera fijado en la novedad de mis músculos
o lo aplanado de mi cuerpo
habría sido un monstruo de un metro de alto,
una cacatúa que persigue el placer.

El verde alrededor,
y yo,
retirada de mi reino,
con sus tropas como gritos
acribillándome.

||

De chicos
nos dividimos el jardín:
cuatro áreas equitativas
según los frutos de los árboles
y las piedras volcánicas.

Si pierdo
es probable que lllore;

tendrán que asirme del brazo
prohibirme el contacto con el suelo.

Si pierdo,
los limones serán expropiados
por el reino de los triciclos,
el mismo reino aceitoso
que me lleva hasta los adultos
cada vez que no sirvo.

Las risas resuenan

No entiendo
por qué si me empujan no puedo quedarme parada.
No entiendo
el olor agridulce de mi axila
o por qué no tengo equipo.

Mi primo ha ganado la partida,
va a buscarme con el premio:
una paleta naranja arriba morada abajo
que deja en mi escondite
para diluirla con el flujo de mis raspadas.
Para que hoy recuerde:

la piel y el lodo los brazos flacos
la lotería
o mi cara piedra volcánica;
el reino como pasto cayendo sobre mí.

No hay manantiales en la carne

Todos los días
las batallas:
la espalda mojada
 se unta. Cabello
que siente la vida lejos de la tuya
rebota por la casa
decide
sobre ti
como el resto de las cosas.

Fuego a las naves
de los
comensales.

Caminar con las manos
play back el día anterior
aún trato de explicarme

esta cantimplora de sonidos. La calle y tú
El cuerpo infante para cualquier tragedia
entiendo
por qué has sido tan voraz
con mi existencia.

Hoy es gravísimo
si lo ves
de cerca
 —verte dormir—
ver la banqueta
la puerta cerrada y abierta. La cabeza
desnuda puedo empezar a reconocerte

no hay
 manantiales en la carne.

Con religiosidad
enfermar lo que eres
dar las noches
quedar viva
con el cabello mojado
un domingo. Sollozar

lo que aquí se escucha
no es escarcha de tu hielo.

Templo
Flujo. La danza de mis manos
otra vez sin mí
él dice “Hola”
omisión del sujeto interno. Batallar
grasa en la sangre
la carne, al fin
no es tan jugosa.

Quiero abandonar
la palabra
ser heredero de nada
porque es gravísimo
 —silbar sobre ti—
que regrese a tiempo
mi deseo
que nadie lo llame
almático
que nadie vuelva a decir
dicotómico. Estallar.

II

En los setentas,
las mujeres vestían con bolsos rojos
del tamaño del talle
multiplicado por dos.

Las mamás de mis amigos chocaban sus autos cada
semana,
se acostaban en el piso de las fiestas
entre olas de alcohol
La casa de la madre moderna
tenía pantones
como pistachos abiertos
la charla de la madre moderna:
nimiedades simpáticas
que el señor de las flores
sigue vendiendo.
Las mujeres con tubos por las noches
no babearon sus almohadas
en ningún momento

mi madre tomaba el Raleigh con la mano izquierda.

III

La añoranza es de ti
de los golpes flemáticos de tus manos microscopio
o de tus palabras
personaje de saco y hombreras
cabello hasta los hombros
pinta sus labios de rosa
Tiburcia, Pancracia o Anacleta
no importa cuál escojas.

Lola con orejas de pescado
Lola con bolsas bajo los ojos
Lola golpeando la mesa
El deseo es lo que me contaste,
tino certero:

Un lenguaje que posee todos los nombres propios
ridículos que incluiste tácitamente en el mío.

IV

Hago caso a lo que dicen
porque suelen ser niñadas mías
las que digo cuando te veo incómoda.
Hago caso,
olvido que no la encuentro con facilidad,
que no la quiero encontrar,
El sonido resbala de tus mejillas soleadas,
mientras hago más sinrespuesta
yo sigo siendo de palo;
otra vez, desperdicio.

VI

La mirada verde atraviesa pragmática
allí, donde habita el discurso
seguimos gritándonos:
El sudor de su cabello no me revuelve el estómago
tomo su mano
para caminar por la calle
sigo,
batiendo sus recuerdos y los míos,
turnando el uso de los agitadores y los cerillos.
Una cuba, la vida antes de mí
—ni el piso la merece—.

Una risa, como antídoto
antítesis de lo femenino
mi momento para verla.

No hay manantiales en la carne de Lola Langarica se terminó de imprimir en febrero de 2018 en los talleres de Studio32, en la ciudad de Cuernavaca. ¶ El tiraje fue de 500 ejemplares en papel cultural de 90 grs. y cartulina sulfatada de 14 pts. ¶ Para su formación utilizó la familia tipográfica Alegreya Sans.

